

rialistas : no habiendo mas que cuerpos, no hay mas inteligencia que la sensación : toda la actividad del alma se dirige á esta; y de aquí no puede pasar, porque fuera de esto no hay nada.

Sin embargo, ocupándose el alma de los materiales ofrecidos por la sensación, se forma varias clases de conocimiento : sus grados los explicaba Zenon con gestos. Abria la mano, y mostraba el reverso de ella; hé aquí, decia, la representación : *visus*. Encorvaba un poco los dedos; hé aquí el asenso; *assensus*. Cerraba la mano, y mostraba el puño; hé aquí la comprensión : *comprehensio*. Con la mano izquierda cogia el puño de la derecha, y le apretaba fuertemente; hé aquí la ciencia, patrimonio del sabio. (*Cic., I. Acad., lib. II.*)

140. El método de los estóicos era oscuro, sutil, como de quien descarna huesos, ó saca espinas con alfileres : *nec more hominum acu spinas vellentium, ut Stoici, nec ossa nudantium.* (*Cic., De finibus, lib. IV.*)

141. Su lógica abundaba de sutilezas : ocupándose solo de la parte relativa al arte de disputar, se olvidaban de la inventiva.

142. No siempre estuvieron de acuerdo los discípulos de Zenon : profesaban con harta frecuencia opiniones encontradas, que no hay necesidad de exponer aquí. Se distinguen en esta escuela Perseo, Ariston, Herilo, Cleantes, descollando Crisipo, llamado la columna del Pórtico.

143. Los estóicos fueron poco felices en el arte de hablar. Zenon era tan frio que era capaz de apagar el fuego en quien lo tuviese : *Restinguet citius, si ardentem acceperit.* (*Cic., De finibus, lib. IV.*) Cleantes y Crisipo escribieron un arte retórica : de la de Crisipo dice Ciceron con mucho donaire : « Si alguien quiere aprender á callar, no debe leer otra cosa. » *Si quis obtusescere concupierit, nihil aliud legere debeat.* (*Ibid.*)

XXVI.

LA ACADEMIA NUEVA Y LA NOVÍSIMA.

144. Ya hemos visto cómo la escuela de Platon recibió el nombre de Academia; pero con el mismo título se designaron otras, bien que añadiéndoles los epítetos de vieja, media y

nueva, ó vieja, nueva y novísima, con relación á tres épocas principales.

145. La Academia vieja empieza en Platon, ó mas bien en Sócrates, quien inauguró el método de discutir en pro y en contra, absteniéndose de afirmar y diciendo que solo sabia una cosa, y es que no sabia nada. Pero así por el nombre, como por la forma, puede ser mirado Platon como el fundador de la Academia, pues que con su talento, elocuencia y método constituyó una verdadera escuela, y organizó un sistema filosófico en todas sus relaciones. La doctrina y método de Platon no se conservaron en Aristóteles, que impugnó en varios puntos las teorías de su maestro, ni fué tan cauto como él en guardarse de afirmar ó negar. Los fieles discípulos de Platon fueron Speusippo y Xenócrates, quienes continuaron la escuela académica en frente de la peripatética. Sucediéronles Polemon, Crates y Crantor.

146. Entre los discípulos de Polemon se contaba Zenon, e fundador de la escuela estóica, quien, proponiéndose introducir nuevas doctrinas, provocó la oposicion de Arcesilas, resultando de aquí la Academia media. Segun Ciceron, Arcesilas no disputaba por espíritu de contradecir, ni por la vanidad de triunfar, sino movido por la oscuridad de las cosas, oscuridad que habia obligado á Sócrates á confesar su ignorancia, y antes que á Sócrates á Demócrito, Anaxágoras, Empédocles y á casi todos los antiguos, quienes dijeron que nada podemos conocer, ni percibir, ni saber; que los sentidos son limitados, el espíritu débil, la vida corta; que estando la verdad oculta en un pozo profundo, segun la expresion de Demócrito, todo lo regían las opiniones y las convenciones; y que así no quedaba lugar á la verdad, y todo se hallaba cubierto de tinieblas. Por lo cual, Arcesilas negaba la posibilidad de saber algo; ni aun aquello de Sócrates : sé que nada sé; de donde inferia que nada se debía afirmar, que á nada se debía asentir; que era necesario suspender siempre el juicio, calificando de temeraria y torpe la conducta opuesta. Consecuente á su sistema, disputaba en pro y en contra de todo, con la mira de que apareciendo la igualdad de razones en sentidos contrarios, fuera mas fácil librarse de la tentacion de afirmar. El método de Arcesilas no encontró por de pronto mucho séquito, pero se sostuvo con

cierto brillo, merced á los talentos del fundador, que se distinguia por su agudeza de ingenio, y admirable gracia en el decir.

147. Sucedióle Lacides; este tuvo por discípulo á Evandro, quien fué maestro de Hegésino, cuyas lecciones recibió el famoso Carnéades, fundador de la nueva ó mas bien novísima Academia, por los años de 180 antes de la era vulgar.

148. Era Carnéades hombre de talento extraordinario, de mucha facundia y elegancia, y versado en todas las partes de la filosofía, en lo cual excedia al mismo Arcesilas. Sostuvo como este que nada sabemos, ni aun sabemos que no sabemos; y cuando Antipatro le objetaba que al menos debíamos saber esto último, ya que en ello se fundaba la Academia, respondia Carnéades que la regla era general, sin excepcion de ninguna clase; y por tanto, que en la ignorancia de todo quedaba tambien envuelta la ignorancia de la ignorancia. Sin embargo, no se crea que Carnéades estableciese la duda universal, á la manera de Pirron; admitia probabilidades; solo negaba la certeza, en lo cual opinaba tener lo bastante para la discusion filosófica y la conducta de la vida. Además, parece que no llevaba su severidad hasta el punto de Arcesilas: este creia que el sabio no debe afirmar *nunca*: Carnéades á veces concedia que en ciertos casos la afirmacion era permitida. *Carneades, nonnunquam secundum illud dabat; assentiri aliquando.* (Cic., I. Acad., § 21.) Esto era un paso importantísimo, y separaba mucho á Carnéades de Arcesilas. Ciceron no aprueba esta reforma; y se inclina á creer que Carnéades no lo estableció así absolutamente, y que trató la cuestion sin resolverla: *hoc magis ab eo disputatum quam probatum, puto.* (Ibid., 24.) Y en verdad que no habria mucha lógica en esta concesion de Carnéades: porque siendo doctrina fundamental de su escuela el que no hay ninguna representacion verdadera, que no pueda ser imitada por otra falsa, no se concibe porqué se encontrarian casos en que la afirmacion fuese legitima, á no ser que se destruya el cimiento de la Academia.

149. La escuela de Carnéades combatia hasta la misma dialéctica, comparándola con Penélope, porque deshacia á un tiempo la que habia tejido en otro. ¿Qué se necesita, preguntaban, para formar un monton? ¿Bastan dos granos? No. ¿Tres?

No. ¿Cuatro? No. Lo mismo, añadian, se puede preguntar sobre la riqueza y la pobreza, la fama y la oscuridad, lo mucho y lo poco, lo grande y lo pequeño, lo largo y lo corto, lo ancho y lo estrecho; y así decian que no es posible fijar nada, pues que por una gradacion vamos retrocediendo delante de una serie de interrogaciones que no nos dejan descansar. « Me pararé, respondia Crisipo. — Párate en buen hora, replicaba Carnéades; respira, duerme si quieres; pero ¿de qué te sirve el reposo? Te despertarán, y te encontrarás de nuevo con las preguntas. — Pero haré lo que un buen conductor, detendré los caballos si veo un precipicio: no responderé nada: callaré. — Bien está; pero callas lo que sabes ó lo que no sabes: si lo que sabes, el silencio es orgullo; si lo que no sabes, caiste en la red. »

150. La dialéctica establece que toda proposicion es verdadera ó falsa: hé aquí un ejemplo de las sutilezas con que Carnéades combatia éste axioma. « Si dices que mientes, y en efecto es así, mientes y dices verdad: luego tenemos el si y el no. » Esto es un juego de palabras: porque en tal caso se dice verdad, respecto á la afirmacion de la mentira, como un hecho anterior: el si se refiere al acto de mentir: el no, á la falta de verdad en lo afirmado por la mentira.

151. Vivió Carnéades hasta edad muy avanzada, teniendo á su lado ú su discípulo Clitomacho, hombre muy aficionado al estudio, muy laborioso, y agudo como un Cartaginés: *acutus ut Penuis*. La escuela académica continuó por Philon y Antiocho Ascalonita, á quienes oyó Ciceron, en cuyo tiempo estaba casi abandonada en Grecia: *quam nunc propemodum orbam esse in ipsa Grecia intelligo.* (De Nat. Deor., lib. 1, § 5)

XXVII.

CICERON.

152. Los Romanos participaron muy tarde del movimiento filosófico: su carácter severo y amigo de empresas grandes hacia que desdeñasen los entretenimientos de las escuelas. Las costumbres, las leyes, el arte de la guerra, la extension de su imperio, tales eran los objetos de su predileccion. Sin embargo.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
1960. 1625 MONTERREY, MEXICO

la continua comunicacion con los Griegos llegó á quebrantar algun tanto aquellos indómitos caracteres; á pesar de la severidad de Caton, por cuyo consejo fueron echados de Roma los filosofos, se apoderó de los dueños del mundo el prurito de investigar y disputar: vencedores de la Grecia, fueron vencidos por su bella esclava.

153. Antes de Ciceron se habia ya introducido en Roma la filosofia griega; pero faltaba un escritor que, dándole brillo, la popularizase. El grande orador no habia descuidado ninguna clase de estudios que pudiese contribuir á la perfeccion del arte de hablar; así es que, á mas de los poetas y oradores, se habia nutrido desde su juventud con la lectura de los filósofos griegos. Las turbulencias políticas que amargaron los últimos años de su vida le obligaron á buscar un consuelo en los ejercicios filosóficos: privado de lucir su elocuencia en el foro y en el senado, destituido de toda influencia en los negocios públicos, y condenado á la oscuridad del hogar doméstico, donde le perseguia tambien la desgracia con la muerte de su hija Tulia, se consolaba de sus infortunios con el estudio de la filosofia, y con fomentar en su patria el movimiento intelectual, ya que le era imposible enderezar la marcha de las cosas políticas. Él propio lo indica así en diversos lugares; y al través de la severidad de sus doctrinas y elevacion de carácter, deja traslucir algun tanto la profunda tristeza que le devoraba. « Diré la verdad: mientras la ambicion, los honores, el foro, la politica, la participacion en el gobierno, me enredaban y ataban con muchos deberes, tenia encerrados los libros de los filósofos; solo para precaver el olvido los repasaba leyendo algunos ratos, segun que el tiempo me lo permitia; mas ahora, cruelmente maltratado por la fortuna, y exonerado del gobierno de la república, busco en la filosofia un honesto solaz en mis ocios, y un lenitivo á mi dolor. » *Ego autem (dicam enim ut res est), dum me ambitio, dum honores, dum causæ, dum reipublicæ non solum cura, sed quedam etiam procuratio, multis officiis implicatum et constructum tenebat, hæc inclusa habebam, et ne obsolescerent, renovabam cum licebat legendo. Nunc vero et fortunæ gravissimo percussus vulnere, et administratione reipublicæ liberatus, doloris medicinam a philosophia peto, et otii oblectationem hanc honestissimam iudico. (II. Acad.)*

154. Si licito fuera, debiéramos alegrarnos de las desgracias de Ciceron, ya que proporcionaron á las ciencias y á las letras tan insigne beneficio, dando origen á sus obras filosóficas. No fundó ninguna escuela, ni tenia tampoco semejanza con ella: solo intentaba difundir en su patria las doctrinas de la filosofia griega, acabando con los malos traductores, y hermanando la afición á la ciencia con el buen gusto en el estilo y lenguaje. La elocuencia, la elegancia, el bien decir, eran los objetos predilectos del grande orador; no puede olvidarlos ni aun en los laberintos de las cuestiones filosóficas: después de haber brillado en la tribuna quiere brillar en la cátedra. « Hasta nuestros dias, la filosofia ha estado descuidada entre los latinos; faltóle el esplendor de las bellas letras; yo me propongo ilustrarla y propagarla; si en mis ocupaciones fui útil en algo á mis conciudadanos, deseo que si es posible les aprovechen mis ocios. La tarea es tanto mas digna cuanto que, segun dicen, hay escritos sobre esto muchos libros en latin, por autores de sana intencion sin duda, mas no de bastante saber. Es posible que uno piense bien, y no acierte á expresarse con elegancia; y el escribir sin arte, sin belleza, sin nada que atraiga al lector, es perder tiempo y trabajo. Así esos autores leen ellos mismos, con los suyos, sus propios libros; y no encuentran mas lectores que los que desean la libertad de escribir mal. Por lo que si en algo pude contribuir á la perfeccion de la oratoria, con mas cuidado me dedicaré á mostrar los manantiales de la filosofia, de los cuales sacaba mi elocuencia. Así como Aristóteles, hombre de grande ingenio y vasto saber, emulando la gloria del retórico Isócrates, emprendió la enseñanza del bien decir, enlazando la sabiduría con la elocuencia, me propongo yo entrar en el rico campo de la filosofia, sin despojarme de mis costumbres oratorias: pues que siempre creí que la perfeccion de la filosofia consiste en tratar las grandes cuestiones con riqueza y elegancia. » (*Tusc.*, libro 1, § III y IV.)

155. Las obras filosóficas de Ciceron no se distinguen tanto por su profundidad como por la abundancia de noticias, y por la lucidez de la exposicion en que nos da cuenta de los sistemas filosóficos. Se conoce que Ciceron no ha hecho de la filosofia su estudio preferente, y así es que no acierta á revestirse del

traje de escuela : en sus palabras se descubre siempre al político, y sobre todo al orador. Sus escritos filosóficos son de alta importancia para la historia de la filosofía; porque conociendo á fondo la lengua griega, disfrutando de obras que se han perdido, y habiendo visto con sus ojos los últimos resplandores de las escuelas que describe, es un testigo precioso para hacernos conocer el espíritu de la filosofía antigua.

156. Tocante á las opiniones de Ciceron, suele ser difícil el conocerlas con exactitud. Es académico en todo el rigor de la palabra. Introduce alternativamente en sus diálogos á filósofos de todas las escuelas; y aunque á veces se descubre cuál es la que prefiere, tambien sucede con harta frecuencia que no es fácil adivinar su verdadero pensamiento. Hasta se podría sospechar que en varias materias no tenia opinion; y que el estudio de los filósofos habia engendrado en su ánimo un espíritu de duda, que se hace sentir demasiado, aun en las materias mas graves. Pasajes tiene sumamente peligrosos. Como quiera, es preciso confesar que la penetracion de su espíritu y la elevacion de sus sentimientos, le inclinan siempre hácia lo verdadero, lo bueno, lo grande : si habla de Dios se expresa con un lenguaje tan magnífico, que los autores no se cansan de copiarle; si trata del alma se resiste á confundirla con la materia, y no concibe que pueda acabar con el cuerpo; si de la moral, se indigna contra Epicuro, y pondera la sublimidad y belleza de la virtud con un estilo que arrebató y encanta.

157. Ciceron hubiera sido más filósofo si hubiese meditado mas y leído menos; se conoce que escribía teniendo á la vista las obras de todas las escuelas griegas; y su mente, clara como la luz, se ofusca á menudo con la abundancia y embrollo de los materiales que se empeña en ordenar y esclarecer. Nunca ve con mas lucidez y exactitud que cuando se abandona á las inspiraciones de su genio, olvidando los sistemas de sus predecesores, y sometiendo los objetos al fin ó criterio de su elevado entendimiento, y á las sanas inspiraciones de su corazón noble y generoso.

158. En Ciceron se retrata el estado de la filosofía poco antes de la venida de Jesucristo. El arte de discutir y de exponer habia llegado á mucha perfeccion; todo se habia ventilado, pero con escaso fruto para la certeza; los grandes problemas sobre

Dios, sobre el hombre, sobre el mundo, la filosofía humana los contemplaba, mas no los resolvía : daba un paso en el buen camino, pero luego se extraviaba, y fluctuante entre contradicciones, inconsecuencias é incertidumbre, casi desesperaba de encontrar la verdad y se refugiaba en el escepticismo. No le profesaba abiertamente Ciceron; pero en muchos pasajes manifiesta una profunda desconfianza. Como quiera, hé aquí cómo se explica él mismo sobre el método de filosofar que le parece mejor; en lo cual no dejaría tambien de influir la natural moderacion de su carácter. « Fáltame hablar de los censores que no aprueban el método de la *Academia*; su critica me afectaría mas si les gustase alguna filosofía que no fuera la suya. Pero nosotros, que acostumbramos á rebatir á los que creen saber algo, no podemos llevar á mal el que otros nos impugnen : bien que nuestra causa es mas fácil, supuesto que buscamos la verdad, sin espíritu de disputa, con laboriosidad y zelo. Aunque todos los conocimientos estén erizados de dificultades, y sea tanta la oscuridad de las cosas y la flaqueza de nuestros juicios, que de muy antiguo, y no sin razon, desconfiaron de encontrar la verdad los hombres mas sabios; sin embargo, así como ellos no cesaron de investigar, tampoco lo dejaremos nosotros por cansancio; y el objeto de nuestras disputas no es otro, sino el que hablando en pro y en contra nos guíe á la verdad, ó cuando menos nos acerquen á ella. Entre nosotros y los que creen saber, no hay mas diferencia, sino que ellos no dudan de la verdad de lo que defienden, y nosotros tenemos muchas cosas por probables, á que nos conformamos, pero que difícilmente podemos afirmar. » (*I. Acad.*, lib. II, §. 3.)

XXVIII.

ENESIDEMO Y SEXTO EMPÍRICO.

159. Al lado de las escuelas de Zenon de Elea y de Pirron, se habia establecido la académica, que si bien no lo negaba todo, y aun admitía la probabilidad, se guardaba de las afirmaciones como de cosa peligrosa é indigna de un sabio. La nueva academia de Arcesilas, desenvuelta luego en la novísima

de Carnéades, se enlazaba con el escepticismo puro, maes d lo que á primera vista pudiera parecer: quien no se atreve á afirmar nada no está lejos de dudar de todo, si es que ya no duda. El estado de los espíritus en el siglo anterior á la era cristiana favorecia las tendencias escépticas: las disputas filosóficas lo habian hecho vacilar todo, sin asentar ningun sistema sobre cimientos sólidos. Entonces apareció Enesidemo, contemporáneo de Ciceron. Era natural de Creta; aficionado á las doctrinas de Héráclito, en cuyo provecho quiso explotar el escepticismo, renovando los diez motivos de duda universal que se atribuyen á Pirron. La filosofía de Enesidemo continuó sin grande importancia, hasta que, algun tiempo después, cayó en manos de Sexto Empírico, que redujo á sistema las teorías escépticas.

160. Sexto Empírico se dedicó especialmente á distinguir entre lo trascendental y lo fenomenal; ó sea entre la realidad de la cosa en sí misma, y su apariencia con respecto á nosotros. No niega los fenómenos, conviene en que tenemos ciertas apariencias, pero sostiene que ellas no pueden conducirnos al conocimiento de la cosa en sí misma. Así es que admite la posibilidad de las ciencias experimentales, con tal que se ciñan al orden puramente fenomenal, y prescindan del trascendental.

161. La raíz del escepticismo de Sexto Empírico es su ideología sensualista. No admitiendo en el alma otra cosa que sensaciones, es peligroso el caer en el escepticismo. La sensación es un hecho subjetivo, y por lo tanto no presenta al sujeto el objeto mismo: le ofrece solo una relacion, ó mas bien una afeccion, nacida de no se sabe qué. Además, la sensación es contingente, varia, por lo que, no puede conducir á nada fijo, ni aun en el orden á que se limita. En tal caso las proposiciones universales pierden su necesidad absoluta, porque son el simple resultado de inducciones, que nunca podremos completar; y así el espíritu humano flota entre un mundo de apariencias, como pluma ligera que divaga por la atmósfera, sin posibilidad de fijarse en ningun punto.

162. Si se admite esta teoría sensualista, el argumento de Sexto Empírico contra la posibilidad de la demostracion es insoluble. La demostracion se ha de fundar en algo indemo-

strable, so pena de proceder hasta lo infinito. Lo indemostrable no puede ser un hecho contingente; por lo tanto ha de ser un principio, un axioma, una proposicion universal; y como para llegar á esa universalidad hemos tenido que partir de hechos individuales, pues la hemos formado por induccion, resulta que lo llamado indemostrable se apoya en lo contingente, en cuyo caso el edificio queda sin basa. Es imposible deshacerse de esta dificultad si no se sale de la estrecha esfera de la doctrina sensualista, y no se admite en el espíritu un elemento superior á los sentidos, puramente intelectual, que se nutre de verdades necesarias, independientes de la sensibilidad. Desde el momento que se reconoce un orden intelectual puro, el argumento de Sexto Empírico se desvanece; porque se arruina su fundamento, cual es el que las verdades necesarias sean mero resultado de la induccion, y por tanto estriben en una basa contingente.

163. A la luz de la misma doctrina se suelta el otro argumento de Sexto Empírico sobre la imposibilidad de un criterio. « Este criterio, dice, no se encuentra en las sensaciones, pues que son contingentes, varias y aun opuestas. » No lo negamos; pero sostenemos al mismo tiempo que se le halla en la razon, la cual, siendo superior á las sensaciones, juzga de los materiales que estas le ofrecen. Pero el entendimiento, replica Sexto Empírico, es una cosa desconocida; los filósofos no se han puesto de acuerdo sobre su naturaleza. Concedemos lo último; pero negamos que las cavilaciones de los filósofos puedan hacer vacilar la existencia de un orden puramente intelectual, superior á los sentidos, y que todos experimentamos en nuestra conciencia.

164. Es verdad que el espíritu, para conocer, no sale de sí mismo, que hay distincion entre el sujeto y el objeto, y que este no se nos presenta uniéndose por sí mismo al entendimiento; pero tampoco cabe duda en que hay correspondencia entre la idea y la realidad, y que no podemos suponer que el orden subjetivo está en contradiccion con el objetivo, á no ser que nos propongamos negar nuestra propia inteligencia, sosteniendo que de nada sirve ni aun en el mismo orden subjetivo. (V. *Filosofía fundamental*, lib. I, cap. xxv.)

165. Los ataques contra la nocion de causalidad, renovados

en nuestros días por Hume y Kant, se hallan en los sistemas de Enesidemo y Sexto Empírico. Los argumentos de este último flaquean por dos puntos: 1º. porque estriba en la ideología sensualista; 2º. porque no se eleva á la verdadera idea metafísica de *contener*.

Claro es que si no concebimos otras relaciones que las puramente materiales, tales como nos las representa la sensación por sí sola, no hallamos en las cosas sino una serie de fenómenos en el espacio y en el tiempo, sin que podamos pasar de la intuición puramente sensible. En tal caso, habrá contacto, movimiento después del contacto; pero si nada añadimos no nos elevamos á la idea de causalidad.

El argumento de Sexto Empírico sobre la imposibilidad de que una sustancia pueda producir algo que no esté contenido en ella, nos recuerda el grosero sentido de la palabra *contener*, que hemos censurado en Spinoza. (V. *Ideología*, cap. XI, y *Teodicea*, cap. X.)

Otra dificultad propone Sexto Empírico, y es que el objeto debiera ser posterior á la causa, lo que es imposible, porque entonces habria causa sin efecto. No se concibe cómo semejante argumento se objeta seriamente. La causa en cuanto causa en acto, es decir, ejerciendo su causalidad, supone ciertamente que el efecto se produce; pero la causa, no ejerciendo su acción productiva, sino reservando su actividad para el momento de la producción, no exige la existencia del efecto. ¿Quién encuentra dificultad en esta distinción?

Srita. Prof. Josefa de la Cruz

XXIX.

ECLÉCTICOS DE ALEJANDRÍA.

166. Sometido el mundo al imperio de Roma, y aumentada la comunicación entre los pueblos, no se limitaron las escuelas á un pequeño círculo; empezando desde entonces el espíritu de propaganda que tanto se ha desarrollado en los tiempos modernos. Había empero algunos puntos, que, llevando ventaja á los demás, eran los centros del movimiento filosófico. Descollaba entre ellos Alejandria, ciudad que habia tomado

grande importancia bajo los Ptolemeos, y que ofrecia á los estudiosos el aliciente de una biblioteca muy rica. Allí tuvo origen la escuela llamada ecléctica, que escogia de las demás lo que le parecia verdadero ó mas verosímil, sin ligarse con los principios de ninguna.

167. Las causas de la aparición de esta escuela parecen ser: la misma disolución á que habia llegado la filosofía, disolución que inspiraba el deseo de reconstruir el sistema de los conocimientos humanos; la mayor comunicación de las ideas establecida por la unidad de mando concentrado en Roma, ayudada por la difusión de las lenguas, especialmente la griega y latina; y por fin el impulso dado al espíritu humano por el cristianismo; que vino á revelar verdades antes desconocidas, aclarando además otras que los antiguos filósofos habian alcanzado con oscuridad y confusión. Natural era, pues, que los entendimientos poco satisfechos de las escuelas antiguas, rechazasen la sumisión á la autoridad filosófica, y que quisieran escoger entre las varias doctrinas lo que mejor les pareciera.

168. Descollaron en la escuela de Alejandria muchos cristianos: bastará nombrar á Pofamon, san Justino, Atenágoras y Clemente de Alejandria, que nos ha dejado el conocido pasaje en que describe su método. « Por filosofía no entiendo la estoica, la platónica, la epicúrea ó la aristotélica; lo que estas escuelas hayan enseñado que sea conforme á la verdad, á la justicia, á la piedad, á todo esto llamo yo selecta filosofía. »

169. La escuela ecléctica, proponiéndose escoger de todas las doctrinas, propendia naturalmente al sincretismo, ó sea á la fusión de los varios sistemas por medio de una conciliación. Semejantes empresas son harto peligrosas; pues queriendo dar un poco de verdad á opiniones encontradas, hay el riesgo de perderla por entero. Así se explican los extravíos de algunos miembros de aquella escuela.

170. Se ha escrito mucho en pro y en contra del eclecticismo: parece sin embargo que este no es punto que pueda ofrecer dudas, si se fija bien el estado de la cuestión. ¿Qué se entiende por eclecticismo? ¿El buscar la verdad donde quiera que se halle? Entonces nadie dejará de ser ecléctico. Así lo profesaba san Clemente de Alejandria (168); en cuyo caso el eclecticismo no es mas que el dictámen de la razón y del buen

sentido. Si por eclecticismo se entiende la reunion de varios sistemas en uno, la mania de conciliar cosas contradictorias, la ausencia de principios que den trabazon y unidad á la ciencia, entonces el eclecticismo es el caos en filosofía, la negacion de la verdad, la muerte de la razon.

Aclaremos estas ideas : el eclecticismo se refiere al método ó á la doctrina : si al método, todos debemos ser eclécticos, porque todos debemos buscar la verdad donde quiera que se halle; si á la doctrina, no significa nada, ó expresa la confusion de todas las doctrinas, y por consiguiente la ruina de la verdad.

XXX.

NEOPLATÓNICOS.

171. Los peligros del eclecticismo mal aplicado se manifestaron bien pronto : de ello nacieron errores de la mayor trascendencia. Ammonio Saccas, ecléctico, educado en la religion cristiana, viendo que entre los fieles obtenian algun favor las doctrinas de Platón, exageró las cosas hasta el punto de afirmar que en los dogmas cristianos nada se encerraba que pudiera mirarse como nuevo, pues lo mismo habian enseñado los filósofos de la Academia. Esto dió origen á la escuela llamada neoplatónica, porque pretendia renovar las doctrinas de Platón. Segun estos filósofos, el cristianismo no debía ser considerado como una religion, sino como un sistema filosófico, lo que equivalia á condenarle. Fácil es concebir los extravíos que resultaron de un error tan fundamental.

172. Ammonio comunicó sus doctrinas á Herennio; á este sucedió Plotino, que estableció una escuela en Roma. Plotino era panteista. En ideología profesaba el principio de que el verdadero conocimiento es aquel en que el objeto conocido es idéntico con el sujeto que le conoce. Propagóse de este modo por occidente la errónea doctrina; y entre sus adalides mas señalados descuella Porfirio, que de palabra y por escrito la fué difundiendo con ardor por varias provincias del imperio. Este filósofo se ha hecho célebre por la famosa tabla de los cinco predicables : género, especie, diferencia, propio y accidente. A mas de esto planteó con claridad la cuestion que tanto

se agitó después entre los nominalistas y los realistas; pero se abstuvo de resolverla. Boecio nos ha traducido las palabras de Porfirio : « *Mox de generibus et speciebus, illud quidem sive subsistant, sive in solis nudis intellectibus posita sint, sive subsistentia, corporalia sint an incorporalia, et ulrum separata a sensibilibus an in sensibilibus posita, et circa hæc consistentia, dicere recusabo.* » Tocante á los géneros y especies, me abstendré de decir si solo están en los entendimientos, ó si son cosas subsistentes corpóreas ó incorpóreas; y si están separadas de los objetos sensibles, ó si existen en ellos. »

173. A la misma escuela pertenecieron Hierocles, Proclo, y el famoso Jamblico, discípulo de Porfirio; bien que, no sujetándose á la enseñanza de su maestro, dió mas amplitud á su sistema, combinando con las doctrinas platónicas las pitagóricas y egipcias. Sucedióle Edesio, bajo cuya direccion se formaron entre otros Crisantio y Máximo. Este último se cree que contribuyó á la perversion del emperador Juliano, admirador de las doctrinas de Jamblico. Con tan alta proteccion se hizo poderosa la nueva escuela, no solo en el campo de la filosofia, sino tambien en el gobierno de la república. De aqui resultó el que los católicos tuvieron que sufrir mucho; hasta que habiendo muerto el emperador Juliano, fué declinando el esplendor de esta secta, acabando, como todos los errores, por caer en el olvido.

XXXI.

LA FILOSOFÍA ENTRE LOS CRISTIANOS.

174. Los cristianos no han descuidado jamás el estudio de la filosofia : los que pretenden descubrir contrariedad de la razon con la fe, debieran haber notado que entre los escritores cristianos, aun de los primeros siglos, se cuentan filósofos eminentes. Las herejías que pulularon en todas partes, y que nacian particularmente de las escuelas filosóficas, nunca dejaron de encontrar adversarios que se hallaban á la altura de los talentos y de la erudicion de los innovadores. Baste citar á san Agustin, en cuyas obras se hallan tan preciosos tesoros de filosofia, admirablemente armonizados con la verdad religiosa.

En los siglos posteriores la filosofía se encerró en la Iglesia, ó mejor diríamos en los claustros; y en medio de las tinieblas que cubrieron la Europa después de la irrupción de los bárbaros del norte, solo se ven algunos resplandores de ciencia filosófica en las soledades de la vida monástica.

175. Los cristianos se inclinaban á veces á las doctrinas de Platon, porque las consideraban mas á propósito para la armonía de la razon con la fe; pero como no podian sacrificar el dogma á las cavilaciones de la razon, se veian precisados á escoger lo bueno de las escuelas filosóficas y desechar lo restante; así resultaba que cierto grado de eclecticismo era para ellos una necesidad, supuesto que quisieran ocuparse de filosofía; ocupacion á que los obligaba el deber de salir á la defensa de la religion contra los ataques de los filósofos. Así notamos que los Padres de la Iglesia, tanto griegos como latinos, abundan de doctrina y erudicion filosóficas, lo que ha dado origen á que en algunos libros modernos se destine una parte especial á la exposicion de lo que se llama filosofía de los Padres de la Iglesia.

176. Reconozco que varios de aquellos ilustres doctores se distinguieron por su saber en materias filosóficas; pero, hablando en rigor, no se puede decir que fundasen una escuela filosófica. Las grandes cuestiones que la filosofía se propone sobre Dios, el hombre y el mundo, todos los Padres las resuelven de un mismo modo; y este no es otro que la doctrina de la Iglesia. Así, pues, si se habla de filosofía de los Padres, mas bien se la debe referir á la forma que al fondo, al método que á la doctrina, á lo accesorio que á lo principal; la doctrina fundamental sobre Dios, el hombre y el mundo, era una sola, la misma para todos, la que enseñó Jesucristo y que se perpetua en la fe de la Iglesia, columna y firmamento de verdad.

XXXII.

TIEMPOS QUE SIGUIERON A LA IRRUPCION DE LOS BÁRBAROS.

177. La invasion de los bárbaros destruyó en occidente la civilizacion romana, en cuyas ruinas envolvió las ciencias y las

letras. Debióse al clero, y muy en particular á los monjes, el que se conservasen los antiguos manuscritos, y que no se perdiera del todo la sabiduría de los siglos anteriores. Con la decadencia del imperio de Oriente, se extinguían tambien las luces en la patria de Platon y de Aristóteles: la escuela de Alejandria, ya debilitada bajo el emperador Justiniano, acabó del todo en tiempo de Leon Isaurico. Apenas deberán contarse entre las escuelas filosóficas algunos pálidos destellos que brillan acá y acullá en aquella época de ruinas y desórden. Como excepcion de esta regla merecen ser nombrados con respeto, aun mirados simplemente como filósofos, Boecio, Casiodoro, san Isidoro, el venerable Beda y san Juan Damasceno: siendo tanto mas de admirar la sabiduría de estos hombres ilustres, cuanto que tenian que luchar con dificultades y obstáculos de que nosotros apenas alcanzamos á formarnos idea.

178. Es notable que ni aun en los tiempos mas calamitosos dejaron de hacerse tentativas para impedir la decadencia de las letras. Cartago, Roma, Bolonia, Tréveris, Cambridge, tenian sus academias en el siglo VII; y los estudios no debian de estar tan descuidados en nuestra península, cuando se formaban hombres como san Leandro, san Isidoro, san Ildefonso, y otros que ilustran el catálogo de la Iglesia de España.

179. Por aquellos tiempos, era famosa la distincion del *trivium* y *quadrivium*, lo que comprendia las siete artes liberales. En el *trivium* incluian la gramática, la retórica y la dialéctica; y en el *quadrivium*, la aritmética, la geometria, la música y la astronomía.

180. La Europa, no obstante su decadencia, abrigaba un gérmen de vida que se debia desarrollar con el tiempo; y así vemos que tan pronto como disminuye algun tanto ó da siquiera treguas la fluctuacion de los pueblos bárbaros, asoma la luz de las ciencias, como la aurora de un hermoso dia. Es interesante ver á Carlo Magno llamando á Alcuin para enseñar en su corte, fundando academias, promoviendo las luces, reuniendo y protegiendo á los sabios ocho siglos antes que Luis XIV. Ya se deja concebir que los adelantos no podian ser notables; pero así se conservaba al ménos la aficion al estudio, y se depositaba en los espíritus el gérmen de curiosidad y de amor al saber, que tan opimos frutos debia producir en los siglos venideros.

181. No parece sino que la afición á las ciencias estaba en proporción de su decadencia : sería difícil en los tiempos presentes excitar un entusiasmo igual al que en los siglos de hierro inspiraba el saber. No se perdonaban sacrificios para conservar lo que había quedado y aumentar el caudal.

Es curioso el ver anotado en las crónicas monásticas la adquisición de un libro, como un suceso digno de conservarse en la memoria. Al indicarse en ellas la llegada de un religioso al monasterio, se añadía frecuentemente lo que había traído : alhajas, cálices, patenas, libros.

XXXIII.

ÁRABES Y JUDÍOS.

182. La irrupción de los sarracenos, si bien produjo grandes desastres á las letras, no siendo uno de los menores el incendio de la biblioteca de Alejandría, contribuyó también algún tanto al desarrollo intelectual en Europa. La pujanza del imperio político despertó entre los árabes la ambición de la ciencia : no se contentaron con mandar, quisieron lucir. Al cultivo de la poesía y de las bellas artes unieron el estudio de la filosofía, dedicándose muy particularmente á la de Aristóteles, cuyas obras poseían traducidas, aunque no siempre con fidelidad. La reputación de Alkendi, Alfarabi, Avicenna, Algazel, Aboubekre, Averroes y otros, indica la estimación y altura que tuvo entre los árabes la filosofía. Aunque los cristianos estaban casi siempre en guerra con los musulmanes, no faltaban momentos de tregua en que se establecían relaciones entre ambos pueblos; y además, viviendo en unos mismos países, era inevitable el que las ideas de los unos se comunicasen á los otros, siquiera se hubiese de realizar entre el polvo de los combates.

183. Los judíos en comunicación con los árabes y los cristianos, se dedicaron también á la filosofía, como lo prueban los nombres de Aben Ezra, Jonás Ben y Maimónides, discípulo de Ayerroes. Como los judíos tenían escuelas en España y Francia, contribuyeron á propagar por el occidente las doctrinas de Aristóteles comentadas por los árabes.

XXXIV.

GERBERTO.

184. Con los árabes y los judíos tuvo relaciones científicas el famoso monje Gerberto, que después fué papa con el nombre de Silvestre II. A sus talentos y laboriosidad debe la Europa los primeros pasos en las ciencias naturales. Baste decir, en elogio de este hombre ilustre, que en el siglo x, llamado el de hierro, abrió cátedras de matemáticas, astronomía y geografía; ideó un tablero, en el cual se enseñaban las cuatro operaciones de la aritmética con caracteres formados á propósito; construyó una esfera para explicar el movimiento de los astros, y escribió además varios tratados de geometría.

XXXV.

ROSCELIN, NOMINALISMO Y REALISMO.

185. Aunque las doctrinas de los comentadores árabes no se propagaron mucho en Europa hasta fines del siglo xii, no faltaba sin embargo el conocimiento de las cuestiones que habían ocupado á las escuelas antiguas : lo cual sería debido, en parte á la tradición científica, que nunca se interrumpió del todo; en parte, á la comunicación con los árabes, que empezaba á ejercer su influencia. Los realistas y los nominalistas nos recuerdan las cuestiones ideológicas y ontológicas suscitadas por Aristóteles y Platon.

186. Roscelin es considerado como el jefe de los nominalistas : porque sostuvo que en los universales no hay realidad alguna, que son meras palabras, sonidos, *flatus vocis*, como él decía; en oposición á los realistas, apellidados así porque concedían una realidad á los universales. Esta disputa, que algunos han mirado como fruto de las sutilezas de la edad media, se liga con lo más elevado de la ideología y ontología.

187. El hombre para adquirir sus conocimientos necesita de los sentidos, pero tiene ideas de muchas cosas superiores al orden sensible; y aun las mismas que pertenecen á este orden,

las conoce bajo razones generales que no corresponden á la jurisdicción de las facultades sensitivas, externas ni internas. La necesidad de los sentidos, la viveza con que sus impresiones nos afectan, y la frecuencia con que las representaciones sensibles se mezclan en nuestro interior con los conceptos intelectuales, ha dado pié á ciertos filósofos para sostener que el pensamiento es la sensación, mas ó menos trasformada; da aquí la escuela sensualista. El conocimiento de los objetos sensibles, bajo razones generales, no sensibles; los conceptos de un orden puramente intelectual, superior á toda sensibilidad; y por fin la universalidad y la necesidad de muchas verdades que conocemos, universalidad y necesidad que no puede nacer de la individualidad y contingencia de los fenómenos sensibles, han manifestado la precisión de admitir ideas puras, superiores á todo orden sensible: de aquí la escuela idealista.

188. Acordes los idealistas en el punto capital, la existencia de las ideas puras, se han dividido en la explicación del fenómeno. Unos han admitido las ideas como subsistentes, como seres necesarios, de los cuales dimanaba la realidad de las cosas y el conocimiento de ellas: esta es la doctrina de Platon. Otros han mirado las ideas como simples formas del entendimiento: esta es la doctrina de Aristóteles.

189. Si no hay mas que sensaciones, no hay mas que conocimiento de objetos individuales; las ideas universales son ilusorias: esto sostenia Roscelin; por consecuencia decia que los universales eran meras palabras. De manera que el sistema de Roscelin era una emanación de su teoría sensualista. Esta opinion participaba de la de Aristóteles en cuanto negaba á las ideas la subsistencia; pero la exageraba en cuanto destruía la universalidad de las mismas, siquiera como formas del entendimiento.

190. Las ideas universales no subsisten en sí mismas separadas de los entendimientos; pero no dejan de representar una razon general de los objetos, en la cual hay verdad, fundada en la verdad infinita del entendimiento divino. Necesitamos de los sentidos para que se despliegue la actividad de nuestro espíritu; pero esta se eleva sobre las sensaciones. Las ideas puras no subsisten fuera de nosotros como sustancias independientes; son á manera de formas que modifican nuestro espíritu, sean ó no

distintas del ejercicio de la actividad del mismo. Pero estas formas no encerrarían verdad y necesidad, y hasta serian imposibles, si no existiese un principio de todas las verdades, una verdad viviente, infinita, donde se halla la razon de todo. Solo así puede explicarse la teoría de nuestras ideas: así se corrigen el sistema de Platon y el de Aristóteles, reduciéndolos á los limites de la verdad.

En este caso existen individuos; no existen universales en sí, abstraídos de aquellos; pero existe una verdad necesaria donde se halla la fuente de todas las verdades necesarias aplicables á los individuos. Cuando conocemos lo universal en lo individual, lo necesario en lo contingente, debemos este conocimiento á la luz infinita que nos ilumina á todos, y que nos ha comunicado con la creación un destello de inteligencia. Solo de esta manera se evitan los escollos de los nominalistas y de los realistas; solo de esta suerte se presenta una teoría completa que pone de acuerdo las ideas con la realidad. (V. *Ideología*, cap. XIII.)

XXXVI.

SAN ANSELMO.

191. Las doctrinas de Roscelin no se limitaron á la esfera filosófica; el sutil dialéctico quiso aplicar sus doctrinas á la teología, y cayó en graves errores sobre el augusto misterio de la Trinidad. Esto excitó el zelo de los doctores católicos, sobresaliendo entre ellos san Anselmo, abad de Bec y luego arzobispo de Cantóberi. Este hombre ilustre se distinguió, no menos que por sus virtudes, por la elevación de su entendimiento; siendo el verdadero inventor del famoso argumento con que se prueba la existencia de Dios, ateniéndose á la sola idea de un Ser infinitamente perfecto.

Hélo aquí: Dios es lo mas perfecto que se puede pensar: lo mejor que se puede pensar no está en el *solo* entendimiento pues en tal caso se podría pensar una cosa mas perfecta, esto es, la que existiese en la realidad. Así resultaría pensada una cosa que no tiene mejor, y que al mismo tiempo lo tiene; esto es imposible. Luego lo mas perfecto que se puede pensar, existe en el entendimiento y en la realidad:

Este raciocinio contribuyó no poco á la celebridad de Descartes, quien al proponerle disimuló ó ignoró que hacia cuatro siglos se hallaba en las obras de san Anselmo. Sea cual fuere la opinion que de este argumento se forme, no puede negarse que su concepcion honra sobremanera la comprension metafísica de su inventor, y que no es posible elevarse á semejante raciocinio sin poseer profundos conocimientos ideológicos y ontológicos.

192. La idea dominante de san Anselmo era el conciliar la razon con la fe: en sus escritos no se halla farrago de discusiones inútiles, ni de vanidosas sutilezas; sino el lenguaje de un espíritu elevado, sincero, penetrante, que busca con amor la verdad, y la expone sin pretensiones de ninguna clase. Él mismo nos dice que al escribir las doctrinas de su Monologio, no habia pensado nunca que debieran ver la luz pública, sino responder únicamente á sus amigos, de quienes creia que bien pronto olvidarian la respuesta. Pero el merecido aprecio que de ella se hizo, le sorprende; y en consecuencia asegura, que después de haber leído varias veces sus escritos, nada encuentra que no esté acorde con lo que dijeron los Padres, y especialmente san Agustin.

193. El género y los límites de esta obra no me permiten detenerme en ulteriores explicaciones de la doctrina y método de san Anselmo, y así me referiré á lo que dije en otro lugar. (V. *El protestantismo comparado con el catolicismo en sus relaciones con la civilizacion europea*, tom. 2, cap. 70 y siguientes, y en la nota 11.)

XXXVII.

ABELARDO.

194. Abelardo, tan famoso por sus talentos como por sus aventuras, fué uno de los mas sutiles dialécticos de su tiempo. Habiendo recibido lecciones del nominalista Roscelin y del realista Guillelmo de Champeaux, intentó la conciliacion de las doctrinas opuestas, con cuya mira inventó la teoria del conceptualismo, segun la cual las nociones no eran otra cosa que puras formas de nuestro entendimiento. No insistiremos aqui sobre el modo con que esto se debiera entender, si se quieren

evitar peligrosos escollos (190); como quiera, Abelardo se inclinó mas á las interpretaciones nominalistas, como que eran análogas á su genio disputador, mas aficionado á las formas que al fondo de las cosas, y que preferia el lucimiento de la habilidad dialéctica al sólido adelanto de la filosofía.

195. En los tiempos modernos se nos ha querido pintar el método de Abelardo como una pretension puramente filosófica: però en realidad afectaba á lo mas fundamental de la religion. Por san Bernardo sabemos que la vanidad de Abelardo no tenia límites; creia saberlo todo excepto el *no sé, nescio*; y queriendo hacer á Platon cristiano se mostraba á sí propio gentil: *Dum multum sudat quomodo Platonem faciat christianum, se probat ethnicum*. (Véase *El protestantismo comparado con el catolicismo*, tom. 2, *ibid.*)

196. Los errores de Abelardo fueron impugnados por san Bernardo, y condenados primero por los concilios de Soissons y de Sens, y después por el papa Inocencio II. A mas de errar Abelardo sobre la Trinidad, la gracia, y sobre la persona de Jesucristo, su método se encaminaba á destruir la fe por los cimientos, sujetándola al fallo de la razon. (*Ibid.*)

197. El arrepentimiento de Abelardo le hizo acreedor á la simpatía de cuantos se habian dolido de sus extravíos. Merced á la claridad y al zelo del sabio abad de Cluny, Pedro el Venerable, pasó Abelardo los últimos años de su vida en aquella paz y resignacion que solo nace de la gracia divina. Hasta tuvo el consuelo de reconciliarse con san Bernardo, y de recibir del santo abad de Claraval muestras de aprecio y afecto. El ilustre filósofo murió santamente, mereciendo que, al hablar de los dos últimos años de su vida, diga la crónica de Cluny: « Durante este tiempo, todo pareció divino en él: su espíritu, sus palabras y sus acciones. »

XXXVIII.

SANTO TOMÁS DE AQUIN

198. Al fijar la consideracion en el movimiento intelectual de Europa en el siglo XIII, se conoce que el espíritu humano habia recibido ya tan grande impulso que no era fácil se parase

en lo sucesivo : mayormente cuando la sociedad, aunque envuelta todavía en gran confusión, se encaminaba no obstante á la regularidad que obtuvo en los siglos siguientes. Lanfranco, san Anselmo, san Bernardo, Hugo de San Victor, Ricardo de San Victor, Pedro Lombardo, Alberto Magno y otros nombres ilustres, habian esparcido un germen de verdadera ciencia que no debia perecer. Sin embargo, es menester confesar que el espíritu de sutileza y de disputa iba extraviando lastimosamente los entendimientos, llevándolos á un exámen de la religion, tanto mas peligroso, cuanto se le fundaba principalmente en vanas cavilaciones de escuela. Ya hemos visto los errores de Roscelin y Abelardo; posteriormente hallamos que á principios del siglo XIII, Amaury de Chartres, y su discípulo David de Dinand enseñan el panteísmo. Los escritores católicos sin huir el cuerpo á sus adversarios, ni aun en el terreno filosófico, defendian la verdad á medida que las circunstancias lo exigian; pero no habian reducido las doctrinas de Aristóteles y sus comentadores árabes á un sistema completo, que por una parte ofreciese enlace y unidad, satisfaciendo las necesidades intelectuales de la época, y por otra se armonizase con los dogmas de la Iglesia. Para llevar á cabo esta obra, era necesario un hombre de alta capacidad que con su poderoso ascendiente dominara la anarquía de las escuelas, y las sometiese á su imperio : éste hombre apareció : era santo Tomás de Aquino. Entre sus muchas obras descuella la *Suma Teológica*, á la cual ha hecho justicia M. Cousin, llamándola « uno de los mas grandes monumentos del espíritu humano en la edad media, y que contiene, á mas de una alta metafísica, un sistema completo de moral, y hasta de política. » (*Historia de la Filosofía*, tomo 1.)

199. Desde santo Tomás data propiamente la filosofía escolástica reducida á un sistema completo y en armonía con el dogma católico : en los siglos XI y XII se reunian los materiales, se construian tiendas, habitaciones provisionales; pero el verdadero edificio lo levantó en el siglo XIII el genio de este hombre extraordinario, á quien, conforme al espíritu de los tiempos, se dió con mucha verdad el hermoso título de Ángel de las escuelas, ó Doctor Angélico.

XXXIX.

FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA.

200. La importancia del conocimiento del sistema escolásticos aunque no resultara de su valor intrínseco se evidenciaría por el extrínseco, esto es, por el dominio exclusivo que obtuvo en Europa durante cuatro siglos, habiendo resistido otros dos á los empujes de las teorías modernas. Voy pues á exponer este sistema en sus doctrinas fundamentales, prescindiendo de sus varias ramificaciones, ya que no podría ocuparme de estas últimas, á no querer internarme en cuestiones sutiles en demasía, y algunas de ellas de escasa ó ninguna importancia. Sin tener ideas claras y exactas sobre la filosofía escolástica, es imposible entender á la mayor parte de los escritores, así de ciencias filosóficas como teológicas, que se distinguieron desde el siglo XIII hasta mediados del XVII; á los cuales se pueden añadir muchos de los que florecieron posteriormente. Esto, que es aplicable á toda la Europa, lo es muy particularmente á la España, donde se ha enseñado aquella filosofía hasta la época de la revolución; y donde conservó todavía algunos establecimientos hasta los desastres de 1833.

201. Para tomar las cosas en su origen y beber en buenas fuentes, me referiré casi siempre á doctrinas de santo Tomás, á quien se puede considerar sino como el fundador, al menos como el organizador de la filosofía escolástica. En las obras de este eminente escritor se hallan las doctrinas peripatéticas con una profundidad y lucidez á que no han llegado sus sucesores; y se las encuentra libres de ciertas cavilaciones fútiles con que las enredó mas de una vez el espíritu de sutileza y disputa.

202. La física de los escolásticos era esencialmente anticorpuscular; nada explicaban por medios puramente mecánicos; á todo extendian las nociones de acto, forma, fuerza. Esta doctrina, tan ridiculizada en la época inmediata á Descartes, fué en algun modo rehabilitada por Leibnitz, á quien han imitado otros Alemanes mas modernos.

203. Tocante á la esencia del cuerpo adoptaban los escolásticos la doctrina de Aristóteles (XVIII), admitiendo dos prin-